488

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO

OCULTISMO

Año XI. * 1903.

Madrid. * Admon.

Atocha, 127 dupl.°

INDICE DE 1903

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Bibliografía.

Imprenta y Litografía de J. Palacios, Arenal, 27 y Lista, 10. MADRID.

488

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO ✤ ✤

✤ ✤ ✤ OCULTISMO

AÑO XI. • 1903.

MADRID. • ADMON.

ATOCHA, 127 DUPL.°

INDICE DE 1903

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Bibliografía.

Imprenta y Litografía de J. Palacios, Arenal, 27 y Lista, 10. MADRID.

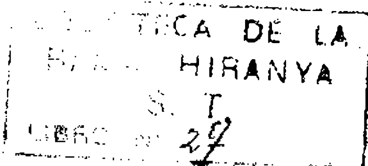
ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.



AÑO XI

SEGÚN la costumbre que venimos observando al comenzar el año,—el cual coincide con el principio de un año nuevo de nuestra publicación—vamos á dirigir unas cuantas palabras á nuestros lectores, á modo de aliento que refuerce sus ánimos en la prosecución de un estudio que vá tan fuera de la ordinaria corriente de las ideas que hoy privan.

Vivimos en tiempos de intereses materiales, de aspiraciones mundanas, de esfuerzos encaminados á la satisfacción de las necesidades corporales, al goce de los placeres, á la realización de la alegría de la vida,—según han llegado á formular algunos pensadores modernistas el ideal de la existencia. En tal ambiente ¿qué cabida pueden hallar las adustas enseñanzas de una doctrina que considera á la tierra como senda de peregrinos, tajada en roca, escabrosa, flanqueada de precipicios, por donde, aun con los mayores cuidados y con la mirada más atenta, se marcha con dificultad, bajo la amenaza de caer en abismos que retarden y hasta hagan imposible la llegada al punto de destino? ¿Quién oirá estas enseñanzas? ¿quién prestará atención á semejantes doctrinas? ¿quién será capaz de oponerse á la corriente y luchar contra su ímpetu hasta salirse de ella, para tomar otros rumbos? Pues y las religiones positivas ¿qué han dicho hasta el día? ¿qué otra cosa han dicho, sino que este mundo es un valle de lágrimas adonde venimos á hacer pujos de virtud para ganar el cielo? ¿y qué caso hacemos ya de ese viejo fantasma que está desmoronándose á impulsos de la ciencia?

¿de qué provecho han sido al mundo sus trasnochadas sentencias? ¿de qué progresos les es deudora la especie humana? Y si hemos llegado á la edad madura en que nos ha sido dado mirar á su verdadera luz los cuentos infantiles que emocionaban á nuestros abuelos y despertaban en sus almas aspiraciones celestes, ¿cómo hemos de parar mientes en un religionismo recalentado que no presenta más novedad que reunir en síntesis las fábulas esparcidas en todas las religiones del planeta? Busquemos el lado alegre de la vida, y demos de mano á un ascetismo que no nos ofrece otro lance que ahogar cruelmente las tendencias normales al regocijo y á los placeres, innatas en el corazón humano. Otra cosa es locura; manifestaciones histéricas de naturalezas enfermizas á quienes cupo en suerte ser azote de sí mismas.

Estas razones se oyen con frecuencia, alegadas por los que creen pensar á derechas en medio del continuo flujo de ideas vulgares no meditadas; y cuando no se oigan, claramente se perciben en el obrar de las gentes que, á sabiendas ó sin saberlo, las ponen por base de su conducta, inspirada siempre en la persecución de los goces, en la busca de la alegría de la vida que sola puede satisfacer las aspiraciones internas. De este positivismo á la moda están contaminados hasta los espíritus más religiosos y más apegados á la tradición, que por celosos que sean en el cumplimiento de los deberes que sus respectivas iglesias les imponen, no pueden sustraerse al influjo materialista de su época, y adoran al becerro de oro, y se engolfan en la bacanal de las modernas Babilonias, olvidando que están malditas por sus blasfemias. El poder de la corriente los arrastra y, á su pesar, los envuelve. Y estos mismos, cuyos clamores llenan el aire protestando de su fe en verdades que transcienden su inteligencia, hacen causa común con los negadores de toda fe y de toda verdad espiritual, y les ayudan á poner un valladar profundo entre la tierra y el cielo, entre la vida de un día sobre este planeta efímero y la eterna vida en los espacios sin fin que aun desde aquí nuestra débil mirada atisba. Se burlan y escarnecen de la explicación sensata que á sus ciegas creencias da el sentido profundo de las enseñanzas teosóficas, privándose así de toda defensa, desarmando á su propia doctrina que, sin otro fundamento que la fe inculta de sus prosélitos, entregados á todos los excesos privativos de una edad debeladora de todas las religiones positivas, acabaría por desaparecer entre el tumulto de la orgía, si una mano más poderosa no hubiese ya tomado el cargo de levantarla, ilustrándola por encima de los densos vapores que exhalan las teorías materialistas.

En esta atmósfera es ruda la tarea de los que de buena fe y con

entusiasmo traten de convencer de su error á los ofuscados con la alegría de la vida. ¿Qué alegría es ésta? ¿dónde se encuentra ó cómo procurárnosla? Teoría pudiera ser ésta de quien no es capaz de tener ninguna. Esto implica una contradicción que debemos aclarar. La gente joven, falta de experiencia y ajena de toda reflexión, pudiera creer, y realmente cree y espera, en una vida dichosa, de ambiciones satisfechas, de aspiraciones cumplidas, y tras ellas placeres, goces continuos, la alegría rebosando en una existencia sin obstáculos, sin estorbos de ningún género, sin rompimientos en la continuidad. Esta perspectiva es el alborear de la razón en el umbral de la vida. El deseo se despierta y nos pone enfrente, al comenzar la carrera, un cielo azul con nubes de rosa; nos impulsa adelante, y allá nos envía á tocar aquel cielo y á reposar en sus nubes. Posición y riquezas son necesarias para llegar á la meta; el deseo nos alumbra el camino para adquirirlas; el mundo está lleno de medios para lograrlas; ejemplos sin número se nos ofrecen de seres felices que han subido de la nada á los más altos puestos. Manos, pues, á la obra, que, de un modo ú otro, la fortuna es la que en último término ha de decidir, y acaso baste sólo tentarla para que nos empuje hacia arriba. La vida es la felicidad: adelante tras ella. Así se piensa en la edad juvenil; esto se cree, esto se espera. ¿Pero somos entonces capaces de reflexionar lo que pensamos? ¿tenemos datos bastantes para fundar una teoría? ¡Ah! la realidad de la vida se nos escapa, nos es desconocida; y esa realidad es el factor principal para hacer una teoría de la vida humana. Por eso decíamos que la alegría de la vida pudiera ser teoría de quien no es capaz de tener ninguna. Cuando empezamos á ser capaces de teorizar, cuando las lecciones de la experiencia comienzan á hacernos aptos para madurar nuestros pensamientos y ver el mundo, no á través de nuestros deseos y pasiones, sino á la clara luz de nuestras inteligencias ilustradas por los hechos que en derredor nuestro se suceden, caemos en la cuenta de que las alegrías de la vida son la menor parte de nuestra existencia—y esto, si somos tan afortunados que nos caigan en suerte algunas alegrías, pues junto á nosotros abundan los ejemplos de quienes jamás han gustado sino amarguras. Vemos que el fondo de la existencia lo forman la contrariedad y el dolor, sean cuales fuesen la posición, las riquezas, los elementos del bienestar y de los goces de todo género. Vemos á los que han escalado los primeros puestos en las funciones públicas, combatidos, injuriados, acosados por la intriga, el fraude y el engaño, más súbditos que señores de los que les están por debajo, maltrechos al menor evento, caidos á deshora y desprestigiados, y al

fin maldecidos, cuando no arrancados á la vida de improviso por alguna mano airada. Vemos á los de grandes riquezas, banqueros opulentos, hombres de negocios, luchar noche y día con las contrariedades, con las esperanzas fallidas, con las amenazas de ruina, con las quiebras y estafas, con toda clase de negros pensamientos, sin darse punto de reposo. Vemos á los que gozan de fortunas tranquilas, vivir inquietos sin embargo, ó por fechorías de estos hijos ó por el porvenir de los otros, ó por el desamor de la esposa y, en casos, hasta por desmanes de concubinas quienes, sin duda, entran por mucho en el plan de la alegre vida. El abogado, si pierde pleitos, el médico desgraciado en sus curas, el ingeniero cuyas obras se malogran, el militar que sufre una derrota, el industrial de obreros levantiscos, el comerciante que ve sus géneros perdidos, todos, todos, en más ó en menos, viven en continua zozobra, que les agua los placeres, si ya no es que las muchas amarguras les hayan hecho abandonarlos. ¿A qué hablar, pues, de la alegría de la vida, si es cosa que no pasa de aspiración siempre perseguida y jamás alcanzada?

Que sueñe el joven con un ideal que han de echar por tierra los desengaños, natural es. Pero que hombres maduros, que blasonan de pensadores, embauquen á las almas débiles con la posibilidad de un ideal mentido, dando así alientos á las inclinaciones más desviadoras del camino recto, es designio detestable que exige todo el esfuerzo de los espíritus generosos para reconstituir la verdad. El llamamiento á la vida descuidada, á la vida de placeres, es canto de sirena que conduce al abismo; es halagar las pasiones y darles suelta para que recorran toda su trayectoria, la cual, en su fuga, declina siempre en los instintos de la bestia que llenan la escena final del drama de la vida entregada á los goces de la carne. Viene el hombre á la existencia para dominar la bestia que lleva dentro y someterla al Angel que constituye la parte más elevada de su naturaleza, ¿y ha de hacer todo lo contrario, volviendo al Angel las espaldas y dando pábulo á la bestia para que desarrolle todos sus instintos? Esta es la verdadera locura, esta es la expresión verdadera de naturalezas enfermizas, inficionadas del virus materialista que corroe las entrañas de la presente sociedad y la amaga con la destrucción á los golpes de la piqueta de ambiciones desapoderadas y de deseos insensatos que ella misma ha fabricado. En todas partes ruge la fiera henchida del forraje materialista, ávida de goces, que viene á reclamar con ira su participación en la alegría de la vida. Este es el fruto inmediato de semejantes doctrinas; y más allá, generaciones brutales, sin norte ni guía, descarriadas en un sensualismo grosero que

convertiría á la especie humana en raza de simios, hombres degenerados, imbéciles y lascivos, vueltos por reversión al estado pre-adámico, si una reacción poderosa, infundida por los horrores de la catástrofe misma, no la empujase de nuevo dentro del curso normal de las ideas en que debe inspirarse la verdadera cultura.

Atajar tan funesto desenlace es la misión del verdadero teosofista. Nuestro principal cometido es enderezar los tuertos que á la humanidad se han hecho por la mentida filosofía del modernismo. Antes hemos de cumplir este deber que tratar de nuestro propio progreso. Mayor esfuerzo debemos á nuestros hermanos que á nuestro adelantamiento. Con la elevación del nivel humano nos elevaremos nosotros mismos; con la depresión de ese nivel estaríamos más bajo, aunque flotásemos. Los pecados de nuestra raza son nuestros pecados, siquiera por que no los combatimos de frente; ellos nos asen y detienen nuestros vuelos, ligando nuestra suerte á la de la masa, que es parte integra de nosotros mismos. Combatiéndolos con energía y esclareciendo las mentes de los que en ellos incurren, podemos estar seguros de vencer muchos ánimos, de persuadir muchas conciencias, prendidas á las cuales vendrán otras y otras más, hasta producir un movimiento de ascenso que eleve el nivel general en que podamos flotar más alto. Así lograremos nuestro progreso con el progreso de los demás.

La obra será lenta en tan adverso medio; mas es achaque de la evolución humana la lentitud, teniendo que sobrepujar obstáculos y saltar vallados de continuo. De estos obstáculos y vallados la ignorancia es el mayor, por no decir el único. Si el hombre supiera, marcharía en línea recta y sería feliz. Cuando llega á saber, está próximo al término de su jornada, y se siente dichoso. Entonces, por primera vez gusta de la alegría de la vida. Libre de propensiones terrestres, conocedor de su unidad con el Todo, y, por tanto, con la humanidad entera, sabedor de que todos los hombres son parte de su alma, y que en ella están fundidos en calidad de material divino, del cual está formado cuanto existe, se cierne en los espacios de su propia mente infinita, y desde ella contempla en la ceguera de la infancia girones de su alma, á cuyo socorro acude solícito, dichoso si puede ayudarlos á salir de la hondura en que están sumidos. La felicidad está en poder servir á los demás, en serles de provecho para la realización de los altos fines á que están llamados. En esto reside la verdadera alegría, alegría que no turban pesares de ningún género, que no menguan contrariedades, que no interrumpen ni las mayores catástrofes, porque aun en medio de los horrores que extremecen á los hombres, ve siempre delante de sí la

consecución de sus propósitos: el crecimiento de la humanidad que á todos los horrores y á todas las catástrofes sobrevive.

Animo, pues, teosofistas, cualesquiera que sean los obstáculos del momento; á conquistar la dicha. Procuremos el logro de cualidades para ser guías de nuestros hermanos. El estudio asiduo y las prácticas severas de nuestra doctrina, nos proveerán de ellas. Con estas armas rendiremos á los hombres, por que en todos los corazones yace la verdad, oculta en el divino germen de la vida. Sólo hay que despertarla.

La Redacción.



EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

CAPÍTULO VII

La Redención

Vamos ahora á estudiar ciertos aspectos de la Vida de Cristo, según aparecen en las doctrinas de las iglesias. Tales aspectos figuran en las enseñanzas exotéricas atribuídos solamente á la personalidad de Cristo; mientras en las esotéricas, si bien se consideran propiedad suya, tienen, sin embargo, su significado primario, más completo y más profundo, pues forman parte de la actividad del Logos, desde el cual se reflejan en el Cristo, como así mismo en toda Alma que ha desarrollado el Cristo y que sigue el sendero de la Cruz. Así considerados, se verá la profunda verdad que encierran; mientras que en su forma exotérica suelen extraviar la inteligencia y perturbar los sentimientos.

Entre ellos está en primera línea la doctrina de la Redención. Esta enseñanza cristiana no ha sido sólo objeto de rudos ataques por parte de los que se hallan fuera de la comunión, sino que además ha sido un tormento para muchas conciencias sensibles dentro de ella. Algunos de los más profundos pensadores cristianos de la última mitad del siglo diecinueve han experimentado las angustias de la duda á propósito de la enseñanza de las iglesias sobre este punto, y han puesto todo su empeño en considerarlo y exponerlo de modo que suavice ó explique las nociones más crudas, que se fundan en la lectura no entendida de algunos textos profundamente místicos. En nin-

guna parte será quizá más oportuna que aquí la advertencia de San Pedro: «Nuestro amado hermano Pablo, según la sabiduría que le ha sido dada, os ha escrito también casi en todas sus epístolas, hablando en ellas de estas cosas, entre las que hay algunas difíciles de entender, las cuales los indoctos é inconstantes tuercen, como también las otras escrituras, para perdición de sí mismos» (1). Pues los textos que hablan de la identidad del Cristo con Sus hermanos los hombres, han sido tergiversados, suponiendo una sustitución legal suya por ellos, con lo que les han servido de escape á las resultas del pecado, en vez de inspiración para obrar rectamente.

Era la enseñanza general de la primitiva Iglesia sobre la doctrina de la Redención, que Cristo, como Representante de la Humanidad, hizo frente y venció á Satán, representante de los Poderes Tenebrosos, que á la especie humana tenía esclavizada, y arrancando de sus manos la cautiva, la puso en libertad. Mas andando el tiempo, conforme los instructores cristianos fueron perdiendo de vista las verdades espirituales y reflejando su propia intolerancia y su dureza en el concepto del Padre amante y puro de las enseñanzas de Jesús, presentaron á Aquél encolerizado con los hombres, llegando así paulatinamente á imaginar á Cristo salvándolos de la ira de Dios, en vez de la esclavitud del mal. Introdujéronse entonces frases legales que materializaron más y más la idea espiritual de otros tiempos, y el «sistema de la redención» quedó bosquejado en términos forenses. «Anselmo le puso el sello en su grande obra, *Cur Deus Homo*, y la doctrina que paso á paso había ido tomando cuerpo dentro de la teología cristiana, llevó desde entonces la firma de la Iglesia. Al tiempo de la Reforma, protestantes y católicos romanos creían igualmente en el carácter de subrogación y de substitución de la obra redentora de Cristo. Sobre este punto no hubo disputa entre ellos. Pero dejemos á los teólogos cristianos que expongan por sí mismos el carácter de la redención... Lutero enseña que 'Cristo real y verdaderamente experimentó por toda la especie humana la cólera de Dios, la maldición y la muerte'. Flavel dice que 'Cristo fué entregado á la cólera de un Dios puro é infinito, á los tormentos mismos del infierno, y esto por mano de su propio padre'. La homilía anglicana predica que 'el pecado á Dios impelió del cielo, para hacerle sentir los horrores y tormentos de la muerte', y que el hombre, tizón del infierno, y esclavo del diablo, 'fué rescatado por la muerte de su muy amado y único hijo'; el 'fuego de su ira', 'su ardiente cólera' solamente pudo ser 'aplacada' por Jesús: 'tan grato le fué el sacrificio y oblación de la muerte de su hijo'. Más lógico Edwards, juzgó por gran injusticia que el pecado fuese castigado dos veces, y que se impusiese la pena del infierno: castigo del pecado infligido así dos veces; primeramente á Jesús, sustituto de la humanidad, y luego á los condenados, parte de esa humanidad. Por esto se sintió impulsado, en unión de la mayor parte de los calvinistas, á limitar la redención á los elegidos, declarando que Cristo sobrellevó los pecados, no

(1) 2 San Pedro III, 15, 16.

de todo el mundo, sino de los escogidos de entre el mundo; que sufrió, 'no por el mundo, sino por aquéllos que tú has puesto en mis manos'. Pero Edwards se adhiere firmemente á la creencia de la substitución, y repugna la redención universal, fundado en que 'creer que Cristo murió por todos, es el modo más seguro de probar que no murió por nadie, en el sentido en que los cristianos lo han creído hasta hoy'. Declara que 'Cristo fué víctima de la cólera divina por los pecados de los hombres'; que 'Dios lanzó sobre el pecado su cólera merecida, y que Cristo por el pecado sufrió las penas del infierno'. Owen considera las penalidades de Cristo como 'una completa y valiosa compensación á la justicia divina por todos los pecados' de los elegidos, y dice que sufrió 'el castigo que.. ellos mismos estaban obligados á sufrir'» (1).

En prueba de que estas opiniones fueron autorizadamente enseñadas en las iglesias, escribí más adelante: «Stroud presenta á Cristo apurando 'la copa de la cólera divina'. Jenkyn dice: 'Sus sufrimientos fueron los de aquel á quien Dios despoja y reprueba y abandona. Dwight considera que sufrió 'el odio y desprecio' de Dios. El obispo Jeune nos dice que 'después que el hombre hubo hecho todo el mal que pudo, quedóle á Cristo la carga de lo peor: caer en manos de su padre'. El arzobispo Thomson proclama que 'las nubes de la cólera divina se condensaron sobre toda la especie humana, mas descargaron sobre Jesús sólo'. El 'viene á ser para nosotros una maldición y un vaso de ira'. Liddon repite el propio concepto: 'Los apóstoles enseñan que los hombres son esclavos, y que Cristo pagó en la cruz su rescate. Cristo crucificado fué voluntariamente condenado y maldecido'; hasta llega á expresarse así: 'el preciso cúmulo de ignominia y dolor que la redención requería'; y dice que la 'víctima divina' satisfizo más de lo que era absolutamente necesario» (2).

Tales son las opiniones contra las cuales el sabio y profundamente religioso Dr. McLeold Campbell escribió su muy conocida obra, *On the Atonement,* libro que contiene muchos pensamientos verdaderos y hermosos; y F. D. Maurice y otros varios cristianos han tratado de librar al Cristianismo del peso de una doctrina tan destructora de las verdaderas ideas acerca de las relaciones entre Dios y el hombre.

A pesar de todo esto, al dirigir una mirada retrospectiva sobre los efectos producidos por esta doctrina, observamos que la creencia en ella, aun en su forma legal—para nosotros exotérica y cruda—guarda íntima trabazón con algunos de los más elevados desarrollos de la conducta cristiana, y que muchos de los más nobles ejemplares de los creyentes en Cristo han sacado de ella su fortaleza, su inspiración y sus consuelos. Sería injusto no reconocerlo así. Y pues tropezamos con un hecho que nos sorprende por su incongruencia, será bien que nos detengamos en él y tratemos de comprenderlo.

---

(1) *Essay on the Atonement*, por A. Besant.

(2) *Ibid.*

Porque si esta doctrina no contuviese más de lo que sus impugnadores de dentro y fuera de las iglesias han visto en ella, si en su verdadero significado fuese tan repulsiva al entendimiento y á la conciencia como muchos pensadores cristianos pretenden, no hubiese podido ejercer fascinación impulsiva sobre las mentes y los corazones humanos, no hubiese podido ser causa de heróicas abnegaciones, de sacrificios conmovedores y patéticos en pró de la humanidad. Algo más de lo que aparece en la superficie debe de haber en ella: algún núcleo oculto de vida, misteriosamente transfundida á las almas que de ella han sacado su inspiración. Y en efecto: al estudiarla como uno de los Misterios Menores, daremos con la vida oculta que han absorbido, sin saberlo, esas nobles almas: marchaban al unísono con esa vida que no por la forma en que estaba velada, podía serles repulsiva.

Cuando la estudiemos como uno de los Misterios Menores, nos daremos cuenta de que, para comprenderla, se requiere algún desarrollo espiritual; se necesita tener ya un tanto abiertos los ojos del alma. El asirla exige que su espíritu se haya desenvuelto, siquiera sea de un modo parcial, en nuestra vida. Sólo aquellos que conocen prácticamente algo de lo que en la abnegación se encierra, son capaces de atisbar una vislumbre de lo que la enseñanza esotérica de esta doctrina expone como manifestación típica de la Ley de Sacrificio. Y aplicada á Cristo, sólo podremos entenderla, cuando la veamos como una especial manifestación de la ley universal, como una reflexión aquí abajo del original de arriba, mostrándonos en una vida humana concreta lo que el sacrificio significa.

La Ley de Sacrificio es fundamental en nuestro sistema y en todos los sistemas, y los universos todos sobre ella son construídos. Se halla en la raíz misma de la evolución, que sólo por ella se hace inteligible. Y en la doctrina de la Redención asume una forma concreta, referente á los individuos que han llegado á cierta etapa del desarrollo espiritual, donde son capaces de sentirse unos con la especie humana, y convertirse, de hecho y en verdad, en Salvadores de los hombres.

Todas las grandes religiones del mundo han declarado que el universo comienza por un acto de sacrificio, y han introducido la idea del sacrificio en sus ritos más solemnes. El Hinduísmo enseña que el amanecer de la manifestación es obra del sacrificio (1), que la humanidad es emanada con sacrificio (2), y que la Divinidad es quien se sacrifica (3). El objeto del sacrificio es la manifestación. La Divinidad no puede manifestarse, sino realizando un acto de sacrificio; y pues nada puede manifestarse hasta que Ella se mafieste (4), el acto del sacrificio se llama «el amanecer» de la creación.

En la religión de Zoroastro se enseñaba que en la Existencia infinita, in-

(1) *Brihadâranyakopanishat*, I. 1. I.
(2) *Bhagavad Gita*, III, 10.
(3) *Brihadâranyakopanishat*, I, II, 7.
(4) *Mundakopanisat*, II, II, 10.

cognoscible é inefable, se verificó un sacrificio, y apareció el Dios manifestado; Ahura-mazdâo nació de un acto de sacrificio (1).

En la religión cristiana está indicada la misma idea en la frase: «el Cordero fué muerto desde el principio del mundo» (2), muerto en el origen de las cosas. No cabe referir estas palabras sino á la importante verdad de que no puede formarse un mundo hasta tanto que la Divinidad haya llevado á cabo un acto de sacrificio. Este acto es la limitación de Sí Misma para hacerse manifiesta. «La Ley de Sacrificio pudiera quizá llamarse con más exactitud la Ley de Manifestación ó la Ley de Amor y de Vida, pues en todo el universo, desde lo más alto á lo más bajo, es ella causa de la manifestación y de la vida» (3).

«Ahora bien; si observamos este mundo físico, como más á propósito para nuestro estudio, veremos que en él toda vida, todo crecimiento, todo progreso, así para las unidades como para las colectividades, dependen de un sacrificio continuo y del sufrimiento del dolor. El mineral es sacrificado al vegetal, el vegetal al animal, y uno y otro al hombre, y los hombres á los hombres, y todas las formas superiores se quiebran de nuevo para reforzar una vez más con sus constituyentes esparcidos los reinos inferiores. Serie no interrumpida de sacrificios, desde lo más bajo á lo más alto, donde la muestra más señalada de progreso es la conversión del sacrificio involuntario y forzoso en sacrificio espontáneo y apetecido, donde los más grandes y amados de los hombres son los sufridores supremos, los espíritus heróicos que trabajan, sufren y mueren para que la humanidad se aproveche de sus dolores. Ahora bien; si el mundo es obra del Logos, y el progreso del mundo, en conjunto y en detalle, es sacrificio, la Ley de Sacrificio debe responder á algo que radica en la naturaleza del Logos, debe tener su fundamento en la Naturaleza Divina. Pero avancemos un poco más, y percibiremos que, si ha de existir un mundo, si ha de haber un universo, es preciso que la Existencia Una se condicione á Sí misma, porque sólo así es posible la manifestación; y veremos también que el Logos es el Dios que á Sí propio se limita. Se limita, por tanto, para manifestarse, y se manifiesta para producir un universo Mas limitación y manifestación tales no pueden menos de ser un acto de supremo sacrificio. ¿Qué maravilla, pues, que á cada paso muestre el mundo la señal de su origen, y que la Ley de Sacrificio sea la ley del ser, la ley de las vidas derivadas?»

«Además, puesto que se trata de un sacrificio que tiene por fin el que surjan existencias que participen de la felicidad divina, resulta en realidad un acto de verdadera subrogación, un acto ejecutado en sustitución y para bien de otros; de aquí el hecho antes indicado de que el progreso es notorio cuando el sacrificio es voluntario y de propia elección; y así tenemos por cierto

---

(1) *Haugh. Essays on the Parsis*, págs. 12-14.

(2) *Apocalipsis*, XIII, 8.

(3) *The Great Law*, pág. 406. por W. Williamson.

que la humanidad llega á la perfección en el hombre que se da del todo á sus semejantes, y á costa de sus sufrimientos adquiere para la especie humana excelsos bienes.

»Aquí, en las más altas regiones, está la íntima verdad del sacrificio subrogatorio; y por más desfigurado que se le presente, y por muy degenerado que se le haga aparecer, esta elevada verdad interna lo hace indestructible, eterno, fuente de donde mana la energía espiritual que, en múltiples formas y por innumerables vías, redime al mundo del mal y lo retrotrae á su morada divina» (1).

Cuando el Logos surgió «del seno del Padre» en aquel «Día» en que se dice que fué «engendrado» (2), al amanecer del Día de la Creación ó de la Manifestación, en que Dios por Su medio «hizo el universo» (3), Él, por Su propia voluntad, se limitó á Sí Mismo, formando una esfera (por decirlo así) que contuviese la Vida Divina, y exhibiéndose como orbe radiante de la Divinidad: la Substancia Divina—Espíritu interiormente, limitación ó materia por fuera. Este es el velo de materia que hace posible el nacimiento del Logos, es María, la Madre del Universo, mediadora indispensable para que lo Eterno se manifieste en el tiempo, para que la Divinidad se exteriorice y construya los mundos.

Esta circunscripción voluntaria, esta limitación de Sí propio, es el acto de Sacrificio, acción espontánea, ejecutada por razón de amor, para que otras vidas pudiesen producirse en Él. Tal manifestación se ha reputado una muerte; pues el confinamiento en la materia, comparado con la no imaginable vida de Dios en Sí Mismo, puede, en verdad, llamarse muerte. Se ha considerado, según hemos visto, como una crucifixión en la materia, y así se ha representado: verdadero origen del símbolo de la Cruz, ya en la conocida forma griega, donde se significa la vivificación de la materia por el Espíritu Santo, ya en la forma latina donde se figura el Hombre Celeste, el Cristo supremo (4).

«Al rastrear en la pre-historia más remota el simbolismo de la cruz latina, ó más bien del crucifijo, pensaban los investigadores que habrían de tropezar con que la figura desaparecía, quedando sólo atrás lo que imaginaban ser el primitivo emblema: la cruz. ¿Pero cuál no sería su sorpresa al ver exactamente lo contrario? La cruz se había desvanecido del todo, quedando la figura solamente, con los brazos levantados. No hay ya en esta figura apariencia alguna de dolor ó sufrimiento, bien que aún expresa sacrificio; es ya más bien el símbolo de la alegría más pura que pueda gozar el mundo: la alegría de entregarse por propia voluntad; pues representa al Hombre Divino ocupando el espacio con los brazos alzados en actitud de echar bendiciones,

(1) A Besant: *Nineteenth Century*, Junio 1895. «The Atonement».
(2) *Heb.*, I, 5.
(3) *Ibid.*, I, 2.
(4) *The Christian Creed*, por C. W. Leadbeater, págs. 54-56.

de derramar sobre la humanidad entera sus inestimables presentes, de verterse voluntariamente á Sí Mismo en todas direcciones, descendiendo al 'espeso mar' de la materia, para encerrarse y reducirse en ella, á fin de que, mediante su descenso, pudiésemos *nosotros* tener existencia» (1).

El sacrificio es perpetuo, pues en cada forma de este universo de variedad infinita se halla tal vida envuelta, constituyendo en realidad su corazón, el «Corazón del Silencio» del ritual egipcio, el «Dios Oculto». Este sacrificio es el secreto de la evolución. La Vida Divina, encerrada en la forma, la empuja siempre hacia fuera para que se expansione, mas su presión es suave, por no quebrar la forma antes que haya alcanzado el límite extremo de su expansión. Con paciencia infinita y tacto y discreción, el Uno Divino persiste en su impulso de continuo ensanche, sin dar suelta á fuerzas que produzcan roturas. En todas las formas, en el mineral, en el vegetal, en el animal, en el hombre, está la energía expansiva del Logos obrando sin cesar. Ella es la fuerza evolutiva, la vida elevadora que mora en las formas, la energía impulsiva que vislumbra la ciencia, sin saber de donde procede. El botánico habla de una energía dentro de la planta que la impele hacia arriba; él no sabe cómo ni por qué, pero la da un nombre, la llama *vis á fronte*, porque allí la encuentra, ó, por mejor decir, ve allí sus resultados. Al modo que es ella vida en la planta, así lo es también en otras formas, haciéndolas cada vez más expresivas de la vida que en su interior está. Cuando una forma llega á su límite, cuando no puede crecer más, no es de provecho para su alma, para ese germen que, como suyo propio, el Logos cobija. Entonces Él, no teniendo nada que granjear de la forma, la retira su energía, y la forma se deshace. A esto llaman decaer y morir. El alma, en tanto, sigue con Él, que modela una nueva forma para ella, y la muerte de la forma es así el nacimiento del alma á una vida más llena. Si mirásemos con los ojos del Espíritu y no con los de la carne, en vez de gemir ante la forma que perece, ante el cadáver que devuelve los materiales de que fué construído, nos regocijaríamos por la vida que marcha adelante á ocupar una forma más noble y más apta para el desarrollo, sin cesar proseguido, de sus poderes latentes.

Mediante este perpetuo sacrificio del Logos, todas las vidas existen; esta es la vida á cuyo influjo el universo cambia sin cesar. Vida Una, envuelta en miriadas de formas, que lleva siempre unidas, venciendo gentilmente su resistencia. Es Ella así la fuerza unificadora que hace á las vidas separadas gradualmente conscientes de su unidad, y trabaja para desarrollar en cada cual la conciencia de sí misma, que finalmente le hará reconocerse como una con todas las demás, y descubrir su raíz Una y divina.

(Se continuará.)

---

(1) *Ibid.*, págs. 56-57.



EL TESTIMONIO EXTERNO MÁS PRIMITIVO ACERCA DE LA FECHA DE JESÚS

(CONTINUACIÓN).

APÓCRIFOS.

SI la opinión erudita general sobre esta literatura, ó, por lo menos, sobre toda aquélla que de algún modo menciona las fechas de Herodes ó de Pilatos, se mantiene firme, á saber, si es posterior á nuestros Evangelios, entonces no tenemos nada que nos ayude.

Pero el reciente brillante estudio de Conrady (1) sobre *El Libro de Santiago*, llamado comúnmente el *Protevangelium* (nombre que le asignó Postel, que fué el primero que lo dió á luz en el siglo dieciséis), cuyo original se admite ya por algunos que se remonta hasta mediados del siglo segundo, nos presenta una cuestión que, si se resuelve afirmativamente, «significaría una completa revolución en nuestras opiniones sobre el canon y los orígenes del Cristianismo». (2) Conrady cree haber demostrado que en alguno de los detalles de la historia de la infancia, los evangelistas primero y nuestro tercero, parten de una fuente común, y que esta fuente no es otra que el notable *Protevangelium*. Su opinión es que este *Libro de Santiago* es de origen egipcio. El autor no fué un cristiano judío, sino probablemente un egipcio y alejandrino. Es de esperar que Conrady pueda continuar sus excursiones en este campo de investigación con otras buscas de análoga naturaleza; y puesto que él ha sugerido la presunción de que tenemos en el *Protevangelium* uno de los «muchos» escritos del Evangelio á que se alude en la introducción del tercer Evangelio, podemos echar una ojeada sobre otra literatura (3) que la de los determinados apócrifos de Pilatos, para obtener referencias acerca de éste.

Esto sólo lo encontraremos en el llamado *Evangelio de Pedro*,

(1) *Die Quelle der Kanonischen Kindheitsgeschichte Jesus*, por L. Conrady (Göttingen, 1900).

(2) Véase la revista de Nichol sobre el libro de Conrady en *The Critical Review* (Londres) Enero 1902.

(3) Véase *Antilegomena: Die Reste der ausserkanonischen Evangelien und urchristlichen Ueberlieferungen*, de E. Preuschen (Giessen, 1901).

del cual se descubrió un fragmento considerable que se relaciona con la Pasión y Muerte de Jesús, en una tumba de Akmîm, en 1885, y fué publicado por primera vez en 1892. Mucho se ha escrito en estos últimos diez años sobre este interesante fragmento; pero la opinión general de los eruditos es que el escritor demuestra conocer todos nuestros cuatro Evangelios. Sin embargo, si se pudiese demostrar que el original de este fragmento es más antiguo que nuestros Evangelios (empresa de las más difíciles), sería entonces uno de los «muchos». Aunque concuerda sustancialmente con los relatos de nuestros Evangelios, difiere mucho en sus más abundantes detalles de la sencilla narración del «documento común», y es acentuadamente doceto, esto es, presenta á Jesús sufriendo sólo aparentemente. Su carácter gnóstico, sin embargo, en este punto (pues como he demostrado en otra parte (1) el origen del docetismo no depende de consideraciones puramente doctrinales), no señala necesariamente, en mi opinión, á una fecha tardía, por más que la elaboración de sus detalles parece argüir un desarrollo posterior de la tradición, comparándolo con la sencillez del relato del «documento común». De otra parte, puede ser que el «documento común» hubiera ya principiado el proceso de «selección».

Finalmente, relacionado con esto, puede que tengamos que prestar más atención al llamado *Evangelio de Nicodemus ó Hechos de Pilatos,* cuyos primeros trece capítulos describen el juicio de Jesús ante Pilatos, la condenación, crucifixión y resurrección, sustancialmente de acuerdo con nuestros Evangelios canónicos, pero con muchos otros detalles que no se encuentran en ninguna otra parte. Aunque la forma presente de estos Hechos no se remonta más allá del siglo cuarto, la cuestión de que haya lo que los alemanes llaman un *Grundschrift,* de fecha relativamente temprana, en el fondo de los mismos, ha sido últimamente sugerida por Rendel Harris en un monógrafo sumamente interesante (2), en el cual pide una nueva investigación del asunto, fundándose en que ha encontrado vestigios de un evangelio homérico bajo el texto griego de nuestra *Acta,* esto es, un relato del Evangelio juntando trozos de los versos de la gran literatura homérica. Entre otros muchos puntos interesantes, cree él que ha demostrado en el pasaje donde José pide el cuerpo de Jesús á Pilatos, «que Pilatos había sido convertido en Aquiles, que José es el buen viejo Priamo pidiendo el cuerpo de Hector, y que todo el relato está basado en los pasajes dramáticos del libro veinticuatro de la Iliada»; y en favor de su hipótesis hay que decir que ciertamente sabemos por la literatura sibilina que los

(1) *Fragments of a Faith Forgotten* (London 1900), pág. 427.
(2) *The Homeric Centones and the Acts of Pilate* (Londres, 1898), por J. Rendel Harris.

escritores judíos de mucho antes del siglo primero de nuestra Era, usaban versos homéricos con análogo objeto.

El Profesor Harris sostiene de este modo que puede haber existido un Evangelio homérico semejante con anterioridad á Justino Mártir (150), y así este famoso apologista, al referirse en su *Diálogo con Trifo* (102-103) por dos veces á ciertos *Hechos de Pilatos*, puede salvarse de la imputación, hoy generalmente aceptada, de que su deseo fué quien engendró su afirmación. Justino pudo haberse fundado para su aserto en que existía el *Grundschift* de nuestras *Actas*, aunque, por supuesto, estas *Actas* no eran en modo alguno los informes oficiales romanos que él suponía.

El asunto es de lo más interesante, pero no puede ayudarnos mucho en nuestra presente investigación; pues admitiendo la existencia del documento fundamental, y también su naturaleza homérica, lo que explicaría la extraña amalgama de milagros y sucesos (separadamente registrados en nuestros evangelios canónicos) por la necesidad de la naturaleza vaga y general de la forma rítmica que tuvo que emplear en el centon, arguye en este supuesto una fecha posterior á la de nuestros Evangelios.

Se ve, pues, por lo expuesto, que nuestra revista del testimonio externo más primitiva acerca de la fecha de Jesús, aun tomando en consideración las sendas más anormales de investigación, no nos proporciona mayor claridad que la que da el resultado del análisis de la tradición de nuestros Evangelios canónicos. El argumento para la autenticidad de la tradición de Pilatos se concentra en torno de la obscura cuestión de la fecha del «documento común». Mientras más atrás podamos remontar á éste, tanto mayor es la posibilidad de la autenticidad de la tradición.

Ahora volveremos nuestra atención á los relatos de Jeschu del Talmud, pero antes de verificarlo creemos conveniente dar á los lectores en general alguna idea del Talmud mismo, y añadir algunos otros preliminares más.

EL GÉNESIS DEL TALMUD

Quizá no sea mucho decir que el Talmud ha sido el medio pricipal que ha permitido á los judíos conservarse como nación desde el tiempo de la destrucción final de su Templo, y de la extinción de la última parcela de su independencia política, hasta la época presente. El Talmud es la encarnación principal del poder misterioso que ha conservado vivo el espíritu peculiar del judaísmo, y que no ha permitido nunca á Israel olvidarse de que era un pueblo.

El Talmud es lo que, sobre todo lo demás, ha establecido la norma de vida de los judíos; pues es el almacén de esa multitud de reglas de conducta y leyes de costumbres (Halachoth)

que los rabinos, con una ingenuidad que confunde (y que sería frecuentemente perversa casuista si no fuese tan sumamente seria), dedujeron de la Ley, ese Torah que ellos creían con todas las fibras de su ser, había sido dado por el mismo Dios, que había escogido á sus padres entre las naciones y los había ligado á Sí por un pacto y contrato especiales.

Pero sobre todo esto, el Talmud es un vasto depósito de la más extraña mezcla de sabias sentencias y dichos ingeniosos, de leyendas y tradiciones populares y de fantasía, parábolas é historias, homilia y alegoría, magia y superstición (1), que no puede compararse sino á una especie de bullente bazar del Oriente, y donde todas las clases y condiciones de sabiduría y necedad andan juntas y mezcladas en inextricable confúsión.

El punto más conveniente de partida para una breve excursión en la selva de los comienzos talmúdicos, es el período del 70 al 200 de nuestra Era, que señala los intentos más definidos de ordenación (pues decir de codificación daría al lector una idea demasiado precisa de su naturaleza confusa), de esas reglas de costumbres que constituyen el depósito más antiguo del Talmud en sus dos formas.

La caída de Jerusalén en el año 70, privó á los judíos hasta de esa relativa independencia política que habían anteriormente poseído. Fué un golpe terrible para las esperanzas de la nación, especialmente para todos aquellos que aguardaban el cumplimiento material de las muchas promesas de los rollos sagrados que llevaban los nombres de sus antiguos profetas: que si guardaban la Ley y eran fieles á su contrato con Iahveh, todas las naciones serían puestas, dominadas, á sus pies. Y ahora, no sólo había sido destruída la Ciudad Santa, y el Elegido de la tierra postrado ante el odiado poder de la idólatra Roma, sino que el Santo Templo mismo, el medio principal, según ellos creían, por el cual debían llevar á efecto su convenio, era un montón de ruínas.

Fué, verdaderamente, un momento trágico aun en la historia de una gente habituada á la tragedia en el pasado y destinada á un porvenir lleno de terrores trágicos. Es verdad que ni aun así fué abatido el espíritu de los zelotas; fueron todavía bastante tenaces para probar la fortuna de las armas en tiempo de Trajano, á principios del siglo segundo, y otra vez en la desesperada intentona de Bar-Kochba en los últimos años de Adriano (132-135 de nuestra Era). Pero con la destrucción final de sus esperanzas de una victoria mesiánica material, á causa de la derrota abrumadora de su campeón, hasta los más irreconciliables se vieron obligados á abandonar la desigual lucha.

Sólo quedaba una cosa que salvar de la ruína general en Pa-

---

(1) El elemento Haggadico como comparado con el Halachico.

lestina: el tesoro de la Ley. Estaban convencidos de que esta desolación había caído sobre ellos porque no habían guardado debidamente su pacto con Iahveh. En adelante dedicarían toda la fuerza que les quedaba á conservar aquel lazo. El «estudio» de la Ley sería el medio de su liberación futura. De esta determinación, sobre la que concentraron toda la perseverancia de su tenaz naturaleza, resultó un maravilloso entusiasmo para coleccionar y conservar las tradiciones de sus antecesores referentes á la Ley, y para desarrollar aún más una infinidad de reglas de conducta y leyes de costumbres conque hacer frente á todos los diversos cambios y contingencias de la vida judía.

A fines del siglo segundo, las tradiciones, que en este tiempo se tenían por las más autorizadas, salieron á luz en una forma definidamente determinada: el Mishna. Este fué el núcleo de nuestro Talmud, el esqueleto, por decirlo así, en torno del cual la industria de los tres siglos siguientes concluyó el estudio de la Ley en su forma presente, completando el Mishna con el Gemara.

Y verdaderamente, parece casi necesario que se hubiese hecho algo de esto, si los judíos estaban destinados á desempeñar el importante papel que han desempeñado y que les queda, indudablemente, que desempeñar en la historia occidental; pues á no haber sido por el grandísimo celo por este estudio, desplegado por los rabinos de Palestina de los primeros siglos de nuestra Era, es muy probable que los judíos hubiesen sido por completo absorbidos por las naciones. Fué un tiempo en que en Babilonia, los descendientes de los judíos que se habían quedado gustosos atrás en la época del Regreso (y en aquellos días constituían ellos la mayoría de la nación) habían olvidado casi por completo la Ley y sus tradiciones; por lo que podemos poner en claro de las nebulosas indicaciones históricas, parece que ignoraban casi absolutamente aquello mismo por lo cual se hicieron después tan célebres. También en Egipto, donde se habían establecido los hebreos permanentemente, la cultura griega y el misticismo alejandrino habían debilitado gradualmente el antiguo exclusivismo; la filosofía y el cosmopolitismo habían minado grandemente la fuerza del legalismo puro y del materialismo estrecho, y la cruda objetividad de la leyenda y del mito antiguos hacía tiempo que se había alegorizado en formas más sutiles, más apropiadas á las necesidades intelectuales y espirituales inmediatas. Los mismos factores obraban indudablemente en otra parte, en el Diaspora ó Dispersión de Israel, al paso que hasta en Palestina mismo la influencia de las numerosas comunidades y asociaciones, que deseaban un aspecto de cosas más universal, había sido tan fortalecida por el tremendo desastre que había caído sobre la nación, que las fuerzas del elemento rígido conservador se debilitaban en todas partes, y las ideas de un Israel de Dios formado por los Justos del mundo,

independientemente de la raza, parecían amenazar la existencia misma del pueblo judío como nación aparte.

A la verdad, parece sumamente probable que el factor más poderoso que contribuía á aumentar la actividad talmúdica fué la rápida difundición del Cristianismo en general, al surgir del estado embrionario en que estaba oculto en el seno de las comunidades de una naturaleza algún tanto similar á la de los esenios. Más que nunca era necesario poner una valla alrededor del Torah, á fin de que la Ley fuese conservada por judíos, como tales judíos, y para los judíos, cuando á causa de la incesante propaganda del Cristianismo de todos colores, parecía que los gentiles robaban á los judíos sus derechos hereditarios: su Ley, sus Profetas y su Santa Escritura. Las principales pretensiones de los cristianos respecto de su Fundador, argüían los rabinos, estaban basadas en traducciones é interpretaciones falsas de las escrituras sagradas de su raza. Más que nunca era necesario conservar estos escritos en su lenguaje y pureza originales, y fortalecer la tradición de la interpretación autorizada de sus padres. Así pensaban los rabinos de Palestina, y sin descanso trabajaban para dar fuerza á su tradición especial y desarrollarla.

A esta época es á la que debemos la expresión de muchas opiniones vagas y flotantes y de obscuras reminiscencias, en formularios claros y rígidos, y la selección de muchas tradiciones contradictorias de un punto de vista que debía constituir «*la* tradición». Más aún, la dureza de la controversia hizo surgir «tradiciones» que quizá no tuvieran anterior existencia.

Así como la industria y gran habilidad literaria del Sopherim desde el tiempo de Ezra (440 á 400 años antes de nuestra Era) (1) hasta los días del escriba ó escribas apocalípticos de *Daniel* (164 antes de nuestra Era) y hasta después, desarrollaron paso á paso, de materiales originalmente muy escasos, una magnífica tradición de grandeza anterior al destierro, de legalismo sacerdotal, de profecías sonoras y de espléndidos himnos, así también procedieron los rabinos del primer período talmúdico (70 á 200 de nuestra Era); el Tanaim dió los últimos toques á la tradición desarrollada por sus predecesores inmediatos; que todas estas escrituras gradualmente desenvueltas del Sopherim, no solamente fueron escritas por completo por esos arcáicos beneméritos, cuyos nombres llevan, directamente inspirados por el Espíritu Santo, sino que el mismo Iahveh había dado á Moisés los cinco libros del Torah, escritos por su propia mano. En esta presunción fundamental es donde está basado todo el desarrollo halachico del Talmud. Estas normas de conducta y leyes de costumbres están fundadas en el Torah, ensanchado para incluir

(1) La fecha tradicional de la «promulgación» de Ezra de la ley es 444, pero se ha argüido que ha sido la de 397.

todas las tres divisiones de los escritos sagrados, Ley, Profetas y Hagiógrafos, como sobre una revelación infalible del mismo Dios, que se extendía á cada palabra y letra.

En resumen, los rabinos de Palestina querían que el canon de la revelación del antiguo Convenio cesase con Ezra, mientras que la investigación científica moderna ha probado que, según toda probabilidad, sólo principió con aquel famoso escriba. Así, pues, para los rabinos de Palestina (1) no hubo profeta alguno después de Malachi; la profecía y la inspiración directa habían cesado con Ezra; desde ese tiempo no querían admitir ninguna adición á la Ley, no reconocían la autoridad de profeta alguno subsiguiente, así como de ninguna escritura posterior. La cuestión para ellos era solamente la tradición correcta, la interpretación y desarrollo lógicos de lo que había sido, una vez por todas, expresión de la infalibilidad. Querían vindicar la autoridad de los eruditos y legalistas contra las pretensiones de la profecía y apocalíptica posteriores de toda especie, y para hacerlo así, sólo podían encontrar autoridad para su autoridad en la «Ley Oral».

Finalmente, querían asentar que esta Ley Oral había existido siempre, juntamente con la Ley Escrita, desde los días de Moisés. En el primer capítulo del tratado de Mishna, *Aboth* ó *Pirke Aboth* que contiene los «Dichos de los Padres», se nos da lo que quiere ser una sucesión no interrumpida de individuos, desde el tiempo de Moisés hasta la destrucción de Jerusalén, que se dice fueron los depositarios de esta Ley Oral. La sucesión es como sigue: Moisés, Joshua, los Ancianos, los Profetas, los Hombres de la Gran Asamblea (desde el tiempo de Ezra hasta 200 antes de nuestra Era), los famosos «Cinco Pares», como se les llamaba, los últimos de los cuales fueron Hillel (70 antes de nuestra Era á 10 de nuestra Era) y Shammai, y finalmente Gamaniel y su hijo Simón.

Tal es el relato que se hace en el Mishna acerca de la herencia de su tradición; y no es de sorprender que, si la investigación científica no sólo pone en duda, sino que desmiente el juicio de los rabinos mishnáicos en lo que se refiere al desarrollo de la Ley Escrita, porque principia prácticamente donde ellos quisieran hacerla cesar, los eruditos modernos vacilen en aceptar su informe de la Ley Oral sin objeciones.

Hasta al lector menos atento tiene que chocarle la naturaleza vaga y fragmentaria de la línea de descendencia. Es evidente que se conocía poco del pasado; hasta la historia de la gran actividad literaria desde el siglo cuarto al segundo antes de nuestra Era, que prácticamente les había proporcionado su Torah Escrito en la forma en que se halla ante ellos, había sido por completo olvidada. A los «Hombres de la Gran Asamblea», de quienes tan alto concepto se tiene en el Talmud, como depo-

---

(1) Los rabinos de Alejandría tenían un canon mucho más extendido.

sitarios inmediatos de la Ley Oral desde el tiempo del Profeta, no se da nombre alguno. Los rabinos no sabían, evidentemente, nada de naturaleza histórica referente á ellos; más aún, del período siguiente sólo pueden dar los nombres de los maestros á quienes la tradición atribuye ciertos dichos, pero de cuya vida y trabajos sólo podemos espigar escasísimas noticias, al paso que de su actividad literaria no se sabe una palabra.

G. R. S. Mead.

(Se continuará).



TEOSOFÍA É IMPERIALISMO

CONFERENCIA DE MRS. ANNIE BESANT

(Conclusión).

Ahora bien; los errores que se cometen en la India—y someto esto á vuestro criterio para que lo meditéis—son principalmente debidos al hecho de que no habéis aún desarrollado ese conocimiento imperial íntimo que permite gobernar por sistemas que se adapten á la nación gobernada, en vez de los que sólo son convenientes á la nación gobernante. Estáis en la India en contacto con una civilización mucho más antigua que la vuestra, una civilización apropiada al carácter nacional; tenéis que vivir allí en medio de tradiciones entretejidas con el corazón y la vida de las gentes, tradiciones que es una necedad desconocer, que es una locura ultrajar ó insultar. Tratándose de una nación altamente civilizada, debéis aprender á gobernarla de acuerdo con sus antecedentes, no con arreglo á los vuestros; debéis ajustaros á las condiciones desarrolladas á través de las edades, y no imponerle condiciones extrañas á sus ideas, por más agradables que sean á las vuestras. El sistema de la propiedad, el de los impuestos, el económico, apropiados para la gran Bretaña, no son aplicables á esa nación asiática, cuyas tradiciones, cuyas costumbres, cuyos hábitos son totalmente diferentes.

Ni tampoco se considera á la India como una parte del Imperio, sino como una región de destierro. La gente no va allí á construir su hogar, á amar ó simpatizar con el pueblo en que

tienen que vivir; va á hacer dinero, deseando que llegue el tiempo de la vuelta á «casa» para gastarlo. La India no está gobernada para la prosperidad de sus gentes, sino más bien en beneficio de sus conquistadores, y sus hijos son tratados como raza conquistada. Sobre diecisiete millones de libras esterlinas *(560 millones de pesetas)* le son extraídas en concepto de «Impuestos del País» para ser gastados en Inglaterra; al paso que los oficiales ingleses en la India obtienen sueldos anormalmente elevados. Las filas del Servicio Civil se llenan mediante exámenes en competencia, donde no entran la buena educación ni la cortesía ni la capacidad para gobernar. El éxito afortunado de estos actos no implica necesariamente aptitud para ser investido de una autoridad despótica, donde se manda lejos de toda opinión pública que hubiera de poner cuidado, y donde se hace más daño con la arrogancia y la dureza que bienes pueda producir el amor al deber. Se hace muy poco para comprender á un antiguo pueblo, conservador y aristocrático, y las virtudes verdaderas del inglés, su rectitud, su actividad, su deseo de hacer justicia, están ahogadas por su actitud repulsiva y su disposición fría y altiva. Tampoco existe nada en su enorme burocracia que despierte el instinto de lealtad profundamente arraigado en el pecho indio. La multitud de empleados son un velo que encubre la Corona; el Monarca se halla oculto tras la masa de funcionarios. El Virrey, con sus cinco años de ejercicio del cargo, nombrado en Inglaterra por razones políticas, aparece más bien como el jefe de un gran sistema de funcionarios que como representante de un Emperador, y no puede despertar la lealtad personal que en la India significa poder. Mucho mejor sería colocar en el vice-trono de la India á un príncipe de la familia real, á un representante efectivo de la realeza, rodearle de todo lo más sabio y mejor de la India, y dejarle que gobierne y también que reine. Inglaterra hubiera obrado sabiamente si hubiese enviado al príncipe heredero á ser coronado en Delhi como mandatario del Emperador, en medio de todos los príncipes feudatarios y rodeado del esplendor del Estado oriental. El sentimiento es un gran factor para el mando en todas partes y sobre todo en Oriente.

Y ahora hablemos del hambre. Londres se volvió loco de admiración ante los soberbios soldados indios, al ver sus estaturas y porte espléndido, su fuerza, dignidad y actitud guerrera. Pero

existe el peligro de deteriorar la raza de dondo han salido estos magníficos ejemplares, el peligro de que la continuada reproducción del hambre mine la vitalidad de las razas que producen tales hijos. Estos hombres eran en su mayor parte de Râjputâna, del Panjab, y estas provincias han estado luchando con el hambre estos últimos cinco años.

¿Qué es lo que causa el hambre? En parte el desangre financiero de los «Impuestos del País» y la enorme burocracia; en parte la destrucción de las manufacturas de la India para provecho de Lancashire y la revelación forzosa de los secretos del comercio y la imposición de los métodos ingleses de producción; en parte también la destrucción del sistema comunal de terratenientes, la imposición del sistema inglés á la propiedad de la tierra, á las rentas y á las contribuciones rígidas, exigidas en dinero en lugar del flexible sistema indígena de rentas é impuestos proporcionados, pagaderos en artículos; y finalmente, en parte la red de ferrocarriles que facilita la compra de las cosechas y su exportación.

La costumbre antigua hacía frente á las irregularidades de las lluvias por medio de un sistema de graneros donde el Estado almacenaba en los años buenos el grano que pudiera faltar en los malos; las buenas cosechas equilibraban las malas; cuando el depósito del labrador se agotaba, el depósito del príncipe le reemplazaba. Por otra parte, el labrador mismo almacenaba su grano y tenía disponible el depósito de un año, mientras que ahora se le induce á venderlo para la exportación, y cuando la lluvia falta, el hambre se le presenta. Hasta en este mismo año, en que el hambre amenazaba á la India, sus granos fueron llevados á los mercados extranjeros. En todas las regiones de la India, especialmente en los Estados feudatarios, se hace presión sobre los gobernantos para que abandonen la antigua y sabia costumbre de prepararse en los años buenos para hacer frente á los malos y entregar sus súbditos al fetiche inglés del comercio libre. El príncipe que adopta métodos occidentales inaplicables en su Estado, es elogiado por «culto», al paso que el príncipe que sigue costumbres aprobadas por el uso de miles de años, es censurado por retrógrado. En algunos Estados esta presión es resistida por hábiles ministros indios; pero, ¿cuánto tiempo podrán sostenerse así, si continúa la presión inglesa? Es esta una cuestión que, si sois un pueblo imperial, debéis estudiar,

debéis resolver, debéis comprender, pues significa la vida de millones de súbditos compañeros. Y estas cuestiones del alimento y de la manufactura indios, si han de resolverse debidamente, ha de ser de acuerdo con las tradiciones del país y no conforme á las ideas corrientes en los pueblos occidentales para efectuar mejor el comercio.

Este es un asunto que podrá pareceros dificultoso, árido y desprovisto de interés. Pero no tenéis derecho á ser gobernantes, á menos que tengáis en cuenta estas cuestiones; no tenéis derecho á echar toda la responsabilidad sobre un puñado de hombres, y luego, como se está haciendo continuamente, encadenar hasta la discreción de los hombres de allá con las tradiciones de vuestra Oficina India de aquí. Debéis consultar algunos de los principales pensadores indios que conocen su país, hombres de probada y grandísima habilidad como administradores, y seguir su consejo en las cuestiones que se relacionan con su propia gente. ¿De qué sirve vitorear á los soldados indios en la calle? ¿De qué sirve aplaudir la ostentación que contempláis cuando el príncipe pasa revista á esas tropas? ¿De qué sirve jactarse de la grandeza del imperio, si no consideráis las familias de esos hombres que han quedado en la India, y si no tratáis de hacer á aquel país lo que debe ser, vuestro baluarte más potente, en lugar de lo que es, un peligro y una amenaza para el Imperio?

Consideremos la falta de simpatía de que he hablado y que de tal modo oculta las genuínas cualidades de los ingleses. Presentaré un pequeño caso referido por un residente inglés en el Deccan, el coronel Barr, una persona que practica la simpatía y bondad que recomienda á sus compañeros oficiales. Escribió recientemente un artículo en una revista india, en el que señalaba algunos de los modos cómo la cólera y la antipatía se creaban entre ambas razas. Y presento este ejemplo porque es significativo. Probablemente simpatizaréis por el momento más bien con el funcionario inglés que con los indios á quienes se dirigió. Un hombre, probablemente un bravo y buen oficial, fué enviado á un Estado de Râjputâna; encontró que el hambre había azotado al país, y naturalmente, deseó poner algún remedio y aumentar la riqueza de la población. ¿Cuál fué el consejo que dió abiertamente? Creyendo que aconsejaba bien, dió un consejo que, como sabe todo el que esté familiarizado con la India,

debió causar profunda ira en todos los que le oyeron: les dijo que debían tratar de mejorar su ganado. Para muchos de vosotros esto no significa nada, como no significaba para él; pero como el coronel Barr señalaba, para esos hindus á quienes habló, el matar un toro ó una vaca es un crimen por completo inhumano. El resultado de tal consejo fué una rebelión de sentimientos contra el inglés, que difícilmente podrá borrar del corazón de aquella gente cualquier tentativa de hacer justicia. A vosotros os parecerá muy poca cosa, porque estáis acostumbrados á la matanza del ganado, pero para el hindu estos animales son sagrados; los consideran como reses que contribuyen á su prosperidad, que labran sus campos, que arrastran sus carros, que dan leche á sus hijos; ellos los aman y honran, y en casi todos los Estados indios, hasta hace poco, el matar una vaca ha sido castigado con la pena de muerte. Reflexionad, pues, lo que significa que el representante del gobierno imperial les aconsejo que aumenten su ganado. Es un insulto para ellos, y esto penetra más hondo que una injusticia; ultraja sus sentimientos religiosos, y este es vuestro peligro mayor en la India. No respetar la religión de otro hombre, mirar con desprecio lo que él considera más que su propia vida, no conocer sus prejuicios religiosos y pisotear esos sentimientos—eso fué lo que originó la rebelión del siglo anterior, y es la única cosa, según yo sinceramente creo, que pudiera provocar otra rebelión en la India. Los indios no quieren ser desleales, no desean otro gobierno, quieren más bien estar bajo el dominio de la Corona Imperial de Inglaterra que bajo cualquier otro Gobierno; pero si tocáis su religión, tocáis lo que para ellos es más que su vida ó que sus miembros. Y si nuestros gobernantes pudiesen aprender á simpatizar con sus sentimientos religiosos, atarían la India al Imperio más que de ninguna otra manera. Consideremos otro ejemplo de falta de simpatía y de una herida que se mantiene constantemente abierta y que debiera cerrarse. Hay un monumento erigido en Cawnpur sobre el pozo en el cual algunas mujeres y niños ingleses fueron arrojados durante la rebelión —una matanza cruel, en verdad, pero no más terrible que algunos hechos verificados por las tropas británicas durante esa locura de ambos bandos. Estando en Cawnpur penetré en el recinto donde se halla el monumento y allí leí el siguiente aviso: «Ningún indígena puede entrar.» Ahora bien, ¿es prudente

perpetuar de ese modo un recuerdo amargo y malo? Si algunos indios mataron á los ingleses, otros arriesgaron y perdieron sus vidas por salvarlos; príncipes indios salvaron la India para el dominio inglés; soldados indios combatieron y murieron por Inglaterra; servidores indios lo arriesgaron todo para salvar á sus amos, para salvar mujeres y niños ingleses; y he oído la observación india de que si un monumento ha de perpetuar la locura de unos pocos, Inglaterra pudiera también levantar un monumento para conmemorar la lealtad de los muchos, é inscribir en él los nombres de los indios que murieron á fin de que el poder inglés y la gente inglesa pudiera subsistir.

Ni tampoco debe Inglaterra olvidar que allí donde impide que una nación súbdita haga para sí, tanto más obligatorio es para ella el deber de que esa nación no sufra bajo su dominio. El hecho mismo de que tenemos establecido allí el despotismo, hace que el peso del deber sea mayor. El Canadá, la Australia, Nueva Zelanda: éstos pueden cuidarse á sí mismos, y porque son comunidades fuertes, con gobierno propio, bien sabido es que hay que tener cuidado de consultar sus sentimientos y de garantizar sus intereses. Pero en la India no hay el mismo poder de expresión, y precisamente á causa de esta falta se hace más pesada la carga de cumplir con nuestro deber para con aquel país. Debemos considerar este sentimiento de deber como el fundamento del imperio, y no la adquisición de riquezas, de poder, de mayor extensión de fronteras. Necesitamos tejer el sentimiento del deber en el corazón inglés, si es que verdaderamente el imperio ha de crecer y prosperar; no por medio de guerras afortunadas, sino por la justicia y el buen gobierno en la paz, es como podrá asegurarse el porvenir del Imperio. Y aunque la guerra sea á veces necesaria, como bien sé que lo es, debe considerarse en la formación de un Imperio como una cosa que hay que deplorar, no como una cosa que deba celebrarse; debe ser una cosa que hay que considerar, tanto como sea posible, como una excepción, así como la rectitud en el gobierno debe considerarse como la única justificación del Imperio.

Tomad como ejemplo á Egipto, y comprenderéis mejor lo que quiero significar. Allí, creo yo, es donde Inglaterra puede decir con justicia que ha gobernado el país para la gente del mismo y no en provecho propio; ha hecho la gente más feliz; ha aumentado la producción del suelo; no ha ganado, sino que más

bien ha soportado una carga y una dificultad. Eso es lo que debe servirnos de modelo en el porvenir, más que algunas de nuestras acciones en otros países.

Cuando estudiamos en sus mismos fundamentos esta cuestión, vemos que todo gran gobernante del pasado ha sido el gobernante que se ha sacrificado constantemente á su deber y que pensaba más en la protección que en el goce del poder. El peligro para este Imperio naciente no estará nunca en la guerra; el peligro del Imperio vendrá, si los débiles no son debidamente protegidos, si la justicia y la rectitud no señalan la extensión de los dominios británicos. Claro, muy claro se vió esto hace unos cinco mil años en la India, cuando uno de sus gobernantes fué prevenido de su deber por un gran instructor religioso, y las palabras son tan significativas y tan eternamente verdaderas, aunque el modo de expresar el pensamiento tenga forma algo alarmante, que os las voy á leer como las condiciones de un Imperio justiciero.

«El Creador creó el poder para proteger la debilidad; por tanto, no os pongáis en contacto hostil con el débil; tened cuidado de que los ojos de los débiles no os quemen á vos y á vuestros parientes. En una raza escaldada por los ojos de los débiles no nacen niños, tales ojos queman la raza hasta sus propias raíces. La debilidad es más fuerte que el poder más grande, porque el poder, escaldado por la debilidad, llega á ser totalmente exterminado. Si una persona que ha sido humillada ó golpeada no encuentra quien la proteja cuando pide socorro, el castigo divino cae sobre el Rey y ocasiona su destrucción. No tomes, oh Rey, en el goce del poder, la fortuna de los débiles. Cuida de que los ojos de los débiles no te quemen como fuego devorador. Las lágrimas derramadas por los hombres llorosos, afligidos por la tiranía, matan los hijos y los animales de los que los oprimen. Cuando una persona débil no encuentra un salvador, la gran vara del castigo divino cae.»

He aquí el sentido mismo que todos nosotros debemos comprender y apropiarnos, si el Imperio Británico ha de desarrollarse y ser una bendición para el mundo. El poder no existe por lo que puede tomar, sino por lo que puede dar; el poder no existe para lo que pueda coger, sino para lo que pueda proteger. Y un imperio sólo es grande cuando á su sombra los débiles y los indefensos encuentran salvación y seguridad, cuando el gober-

nante gobierna para ayudar y no para tiranizar, cuando el mando está basado en la protección y no en la fuerza. No existe peligro para este imperio naciente en las naciones que le rodean y hacia las cuales volvéis tanto vuestra vista. Rusia es fuerte, no puede haceros daño; Alemania es fuerte, no puede dañaros; pero los débiles de vuestra propia población, si los descuidáis, minarán vuestro poder, pues aquellos que no poseen un protector terrestre, tienen la protección del Hacedor de los Reyes, del Dispensador de los dominios. Esta es, pues, la idea fundamental, cimiento del verdadero imperialismo. Es mucho más un depósito sagrado que una gloria; es mucho más una responsabilidad que una alegría.

En estos tiempos, un pueblo verdaderamente imperial debe ser un pueblo que ponga el deber de la fraternidad humana á la cabeza de su política, y que sepa que es una ley, tanto para las naciones como para los individuos, que debe hacerse á los demás lo que se desea que los demás le hagan á uno. Al empuñar el cetro, debe ver dónde éste es necesario como guía, como ayuda, como protección; y el deber de un pueblo dominante debe variar con arreglo al pueblo que gobierna y á la civilización que conquista. No debéis tratar un antiguo imperio y una civilización como la India, conforme trataríais á un pueblo salvaje y á naciones bárbaras. Tenéis que educar, que ejercitar y que elevar gradualmente, pues de otro modo la dominación no será realmente fuerte. Leí una vez en un periódico de Londres que, «por decirlo todo, tomamos á la India con la espada, y con la espada debemos conservarla». Ese no es el espíritu imperial, sino el espíritu del tirano, expresándose por medio de la prensa. No es verdad que conquistáramos á la India con la espada, y con la espada la conservemos. La conquistamos con la espada de sus propios hijos, que creyeron la gobernaríamos mejor de lo que sus propios príncipes lo habían hecho; y hoy la conservamos con esas mismas espadas; pues precisamente en la rebelión india fueron los príncipes indios los que salvaron el dominio de Inglaterra, que no hubiera podido hacerlo sola y sin ayuda. Y esto es aún una verdad, y lo será más y más en la misma proporción en que les tratéis como compañeros servidores y como hermanos, y no como á una nación sometida, como á un pueblo conquistado. El genio del imperio consiste en hacer sentir á cada nación que conquistéis que la hacéis entrar en la familia impe-

rial, y que ellas y vosotros en lo sucesivo seréis hermanos, y no conquistados y conquistadores. Perdimos la América simplemente porque negamos la fraternidad y tratamos de obtener por la amenaza lo que no podíamos obtener por la justicia. Aquella gran lección fué dada á la nación británica cuando el Imperio británico comenzó á alborear, y será un bien que tengamos aprendida esa lección para no perder otras partes del Imperio.

Yo creo, y lo creo absolutamente, que en los tiempos presentes se la ofrece á la nación británica la posibilidad de un Imperio universal. Creo que en el ciclo de evolución y en el desarrollo de los pueblos, ha llegado el tiempo en la historia del mundo en que este poder de servir al mundo se ofrece á la nación británica—esto lo creo una verdad. Y lo creo porque soy teosofista, y nosotros los teosofistas hemos estudiado la historia á la luz del ocultismo. ¡Qué destino tan vasto para Inglaterra, qué magnífica posibilidad para el mundo, si esta nación fuese capaz de elevarse á la grandeza de tal destino, si esta nación pudiese ser bastante heróica para conservar, para guiar, para enaltecer! Porque no significaría nada menos que la paz del mundo, en medio de la cual pudiera desenvolverse una poderosa civilización, más grande que las que el pasado ha visto. Significaría para el mundo una federación tan fuerte de naciones amantes de la paz, que podrían imponerla á todos, porque ninguno sería bastante fuerte para romperla. Y el mundo necesita esa paz universal, á fin de que pueda tratarse de los problemas que amenazan la civilización presente, y las naciones tengan tiempo de mirar dentro de sí mismas en lugar de mirar ansiosamente hacia fuera.

Hay cuestiones que debe decidir la gran raza á que pertenecéis: cuestiones de vida social, la cuestión de poner fin á la terrible pobreza que oprime á masas de gente, cuestiones económicas que exigen pronta solución, que requieren ser resueltas por la tranquila sabiduría de los más doctos, y no darlas de lado con ocasión de la lucha de nacionalidades, ni dejarlas abandonadas á la furia revolucionaria. Necesitamos un imperio de paz, dentro del cual pueda crecer gradualmente una nueva civilización, una civilización que sea la paz y no la guerra, cooperación, no competencia, educación, no explotación, el bienestar, no el pauperismo.

El tipo religioso que precede á la fundación de una civilización nueva, presagia la naturaleza de esa civilización. La Teosofía nos enseña á ver qué grandes movimientos religiosos han sido los heraldos de los grandes Imperios, pero que cada religión, siendo separatista, ha sido el heraldo de un Imperio que se ha sostenido en contra del mundo, en lugar de dirigirlo unido al progreso. Y nos muestra que así como ahora no tenemos ninguna religión nueva, sino un movimiento religioso que afirma la base común de todas las religiones, la unidad espiritual del hombre, asimismo tendremos una civilización de paz en donde todas las naciones encontrarán un puesto. La paz religiosa precederá á la paz internacional; el silencio de las rivalidades entre las religiones, precederá al silencio de las rivalidades entre los pueblos. Este servicio esencial al imperio que se avecina, la Teosofía y sólo la Teosofía puede hacerlo. Porque ella es la única que no batalla con religión alguna, sino que afirma el valor y la verdad de cada cual, la única que no busca prosélitos. Este imperio ha de componerse de gentes de muchas creencias, y estas creencias deben ser respetadas y protegidas, y no atacadas. El espíritu de las misiones será siempre una amenaza para el imperio, despertando animosidades religiosas y la rivalidad entre las gentes. Tiene que ser reemplazado por el espíritu teosófico, si el imperio ha de ser cimentado junto, y la religión ha de cesar de ser una fuerza lacerante. Para un imperio como el británico, la Teosofía es una necesidad aún más de lo que lo es para pueblos separados. Y ella sola puede impedir que el imperio sea una amenaza para otras religiones que la cristiana. Así, la expansión de la Teosofía por todo el mundo es el heraldo de la formación de un imperio del Mundo, cuya consigna sea: Fraternidad, Rectitud, Servicio. Ese imperio será la cuna de una raza más espiritual, de una raza inspirada en la Sabiduría y el Amor.

¿Tal pretensión parece demasiado grande para un movimiento tan pequeño, demasiado grandiosa para principios tan débiles? Sin embargo, la promesa del dorado trigo está en los granos ocultos bajo los terrones, y todos los movimientos religiosos han sido en un principio como la «pequeña levadura», apenas visible, pero destinada, sin embargo, á penetrar y cambiar el todo. Ningún desprecio hacia el movimiento teosófico puede ser tan amargo, tan desdeñoso como el que los orgullosos ciudada-

nos romanos sentían por el Cristianismo de su tiempo; sin embargo, su Roma pereció, y el Cristianismo se ha convertido en creencia universal. Ahora es la Teosofía la Piedra rechazada por los Constructores, y á su vez se convertirá en «Clave de la bóveda». Porque los Sabios Maestros Constructores no ven la grandeza y la pequeñez como los ojos de los hombres las perciben; ellos juzgan por la potencia del fuego que dentro mora, y no por la magnificencia externa de la forma.

Hemos leído que han existido imperios donde el sentimiento del deber público movía á todos los que tomaban parte en el gobierno, desde el Rey hasta la mano más ínfima que manejaba algún poder, y el objeto único de una de esas poderosas civilizaciones del pasado, fué el hacer feliz á la gente; pues ese, según fué escrito, es el deber de los reyes. Los gobiernos existen para el bien del pueblo, y no para los gobiernos mismos. Los gobiernos no existen para que algunos hombres ocupen elevados puestos y disfruten pingües sueldos, sino para que las masas del pueblo, más ignorantes que ellos, puedan ser guiadas á una dicha mayor que la que pudieran tener sin guía. Los gobiernos sólo existen para que las naciones puedan vivir en paz y prosperidad, y la piedra de toque del gobierno está en la felicidad del pueblo. Y lo que se necesita para esto, no es que miremos únicamente á los métodos externos de gobierno, sino que cada uno en su propia vida individual haga que el deber sea quien rija su vida en lugar del placer; que sea el cumplimiento del deber y no el seguimiento del placer el motivo que impulse la conducta. En el olvido de esto está el gran peligro de Inglaterra. Antes de la guerra última se estaba haciendo demasiado voluptuosa, demasiado amante de placeres. Si ha de ser verdaderamente imperial, tiene que pensar en el deber, en la industria, en la diligencia, en el cumplimiento de sus obligaciones en todas las esferas de la vida; el ideal de la vida ha de dejar de ser el ganar dinero de cualquier modo, para vivir luego en una pereza voluptuosa. La pereza sólo es justificable en día de fiesta que prepara para la mejor ejecución del deber; y el deber, la diligencia y la industria han de ser la consigna de todos nosotros. Desde el Rey en su trono hasta el pobre trabajador, el ideal debe ser un ideal de deberes y servicios, y no el adquirir los medios para vivir con lujo en la pereza. Y lo que ha difundido esta aspiración entre el pueblo y le hace desear el logro de la

vida perezosa, lo que ha desarrollado entre la gente los hábitos de la bebida y de los juegos de azar, es el ejemplo de la vida de lujo.

La perspectiva de ese goce del placer en lugar del cumplimiento de los deberes, es señal de gente que declina y no de un imperio en estado de formación. Así, pues, si esos signos que se notan hace algunos años de lujo creciente, de pereza que va en aumento y de deseos que suben y suben por los placeres personales y los goces físicos, no cambian en vista de nobles ejemplos de los educados y los reflexivos, ante la perspectiva de una vida más digna, más dedicada á los fines nacionales, de mayor dominio sobre sí mismo, y menos ansiosa de provecho personal, á menos que se haga esto en toda la nación, y principalmente entre esas clases, que por lo mismo que poseen mucho más, tienen el deber más pesado de dar el ejemplo, á menos que se haga esto, el sueño de un imperio se desvanecerá y la ocasión ofrecida á Inglaterra pasará á otra nación.

¿Sucederá así? ¿Sucederá que esta gran oferta de ser el más grande Servidor de la Humanidad, se os escape de las manos, porque no sois suficientemente fuertes para asirla, y porque sois todavía tan niños que sólo os interesa el brillo del poder y no el servir? De la respuesta á esta pregunta depende el porvenir del imperialismo. Si es un imperialismo ansioso de poder, deseoso de quitar más y más tierras á otras naciones, de pensar más en ser más grande que en ser más digno, y de abarcar mucho en lugar de gobernar bien, entonces no creo que la Justicia Divina conceda el próximo Imperio del mundo á semejante nación, ni que asigne á los que se conducen como niños, la carga del gobierno y de la pesada responsabilidad que corresponde al hombre. Pero, si como espero y ruego, en este gran pueblo se despierta un sentimiento de su poder y responsabilidad; si aprovecha la lección sorprendente que le han dado hace pocos días, cuando la figura central de todo el aparatoso esplendor del Imperio fué derribada, y se hizo manifiesto á las gentes cuán próxima puede estar una Corona á la muerte; si aprovecha esa lección, y si, como vemos indicado en los periódicos, la coronación que ha de seguir tendrá más acentuado el aspecto religioso que el aspecto pomposo; si cuando lo más grande de Inglaterra se reuna de nuevo en la Abadía de Westminster, que Dios lo permita, para coronar al Rey, se piensa más en el deber que corresponde al Mo-

narca que en la grandeza de su posición; si se ve en la Corona Imperial un símbolo del poder divino para auxilio de los pueblos y no para la mera glorificación del que la ostenta; si se llega á comprender que este imperio del Mundo es una cosa grandiosa y seria, no un espectáculo de banderas é iluminaciones, sino de deber humano y de responsabilidad; si, como antaño, la noche antes de la coronación, lejos de emplearse en festines, se emplea en ayuno, no en gritar y vitorear, sino entre esperanzas y oraciones, entonces el choque que recibió la nación en el momento de su mayor júbilo, puede ser un choque que haga al imperio mucho más posible que lo era antes. Es una buena cosa que de un extremo á otro de la nación se abra camino un sentimiento; es una buena cosa que la nación piense en su Yo más amplio, más bien que en objetivos estrechos individuales; es una buena cosa que el corazón de la gente se mueva é interese por cosas más grandes y esté pronto á regocijarse por el encumbramiento de su pueblo, y no únicamente por el provecho personal. Pero lo que tenemos que hacer, el deber que me parece nos concierne, es tratar de contener todo lo que tienda á no ver más que la alegría del poder y no el peso de la responsabilidad. Y yo os pregunto á vosotros, que sois parte de este pueblo hacedor del imperio; á vosotros que tenéis influencia en el porvenir y tenéis una parte en la dirección del Estado, yo os pregunto si en los discursos públicos y en las conversaciones privadas no sería conveniente, en los años que tenemos por delante, el sonar constantemente esta nota del deber público, hacer que el patriotismo sea menos orgullo y amor por la extensión del imperio, que orgullo y amor por su utilidad y por el servicio y auxilio que puede prestar al mundo. No dejéis que los pueblos europeos piensen, como lo hacen demasiadas veces, que Inglaterra no tiene más objetivo que el comercio, y que emplea su poder militar meramente para abrir nuevos mercados, para aumentar la riqueza del país. Que sepan que Inglaterra es demasiado grande para pretender robar á los que no quieren dar; que oigan su voz como la de aquel que pide justicia para el débil, y que la consideren extendiendo sus manos para defender á los oprimidos. En todo el mundo hay naciones que aceptarían gustosas el protectorado de Inglaterra, si supiesen que significaba para ellas protección contra la tiranía, contra la opresión y contra la injusticia; pero para que eso suceda, han de ver que en el imperio que

tenéis, estáis ejerciendo la justicia y la piedad, y que no tratáis de emplear vuestro poder en hollar al indefenso y al desvalido.

Tal me parece á mí, amigos míos, que es el deber que delante se nos muestra. Tengamos un imperialismo, pero que sea de rectitud, de justicia, de amor y de verdad. Que no sea cosa de orgullo, salvo el orgullo de cumplir obligaciones y de manejar noblemente un gran poder. Que se sepa que vuestra ambición es ser el protector del débil y del indefenso, que estáis prontos á interponeros entre el débil y sus opresores. Sea este vuestro orgullo; sostened en alto un escudo bajo el cual pueden reunirse las naciones, seguras de protección, seguras de ayuda, seguras de justicia, seguras de simpatía. Educad vuestros hijos, que han de ser los hacedores, los sostenedores, los inspiradores del imperio en el porvenir; educadlos en un sentimiento de responsabilidad; educadlos en una vida frugal, en el dominio de sus pasiones y emociones, en el dominio de sus cuerpos y sus mentes, en el odio de todo lo mezquino, de lo cruel, de lo opresivo, de lo injusto. Haced de ellos lo que deben ser, ciudadanos honrados de un imperio. Entonces el imperialismo del porvenir sería una dicha y no una maldición, una luz para el imperio y para el mundo, al que espero servirá; un imperialismo bajo el cual las naciones más jóvenes crezcan; un imperialismo bajo el cual los pueblos sometidos estén tan orgullosos de las Islas Británicas como los que nacen en su suelo; un imperialismo en el cual, como se escribió una vez, el Rey considere á cada hombre como á su hijo, y lo guarde y ame como al suyo propio; un imperialismo que sea el primero de los imperios del mundo, que exista para el bien de todos los gobernados, extendido por la tierra, amado de todos, y poderoso porque el Trono esté basado en la Fraternidad que nada puede destruir.

FIN



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(*Continuación*).

HOSPITALIDADES BRAHMÁNICAS

AL cabo de una hora nos detuvimos á la puerta de un gran bungalow, donde nos dió la bienvenida la cara resplandeciente de nuestro bengalo de desnuda

cabeza. Cuando estuvimos reunidos fuera de todo peligro en la verandah, nos explicó, que sabiendo de antemano que nuestra «terquedad americana» no habría querido escuchar ningún aviso, había inventado aquel pequeño plan, alegrándose mucho de su éxito.

«Ahora vamos á lavarnos las manos y luego á cenar. Y añadió dirigiéndose á mí: ¿no deseabais presenciar una comida realmente hinda? Pues aquí tenéis la ocasión; nuestro huésped es un brahman, y vosotros sois los primeros europeos que han entrado en esta parte de su Casa, habitada por su familia.»

¿Qué europeo ha soñado jamás con un país donde cada paso y la menor acción de la vida diaria, especialmente de la vida de familia, estén ajustados á ritos religiosos, y que *no puedan* ejecutarse sino con arreglo á cierto programa determinado? La India es este país. En la India todos los incidentes importantes de la vida de un hombre, tales como el nacimiento, el llegar el niño á cierto período de su vida, el matrimonio, la paternidad, la vejez y la muerte, y todas las funciones físicas y fisiológicas de la rutina diaria, tales como las abluciones matinales, el vestirse, el comer, *et tout ce qui s'en suit*, desde la hora primera de un mortal hasta su último suspiro, todo tiene que ser ejecutado con arreglo á un ritual brahmánico, so pena de expulsión de la casta. Los brahmanes pueden compararse á los músicos de una orquesta, en la cual los diferentes instrumentos son las numerosas sectas de su país. Todos son de diferente forma y de diverso timbre, pero, sin embargo, todos ellos obedecen al mismo director de la banda. Por mucho que las sectas difieran en la interpretación de sus libros sagrados, por más hostiles que sean entre sí, al tratar de realzar á su deidad particular, todos ellos, obedeciendo ciegamente la antigua costumbre, deben seguir como músicos la misma batuta directora: las leyes de Manu. Este es el punto donde todos se encuentran y forman una comunidad unánime con una sola mente, una masa fuertemente unida. ¡Y desgraciado de aquel que interrumpa la sinfonía con una sola nota discordante! Los ancianos y los consejos de casta y de sub-casta (de estos hay un número indeterminado) cuyos miembros desempeñan sus cargos durante toda su vida, son severísimos gobernantes. No hay apelación contra sus decisiones; y por esto la expulsión de la casta es una calamidad que entraña consecuencias verdaderamente formidables. El individuo excomulgado es peor que un leproso, pues la solidaridad de las castas en este punto es fenomenal. Lo único que puede tener alguna comparación con ella es la solidaridad de los discípulos de Loyola. Si los individuos de dos castas diferentes, unidas por los sentimientos sinceros de respeto y amistad, no pueden casarse entre sí, no pueden comer juntos, tienen prohibición de aceptar del otro un simple vaso de agua, y hasta de ofrecerse mutuamente un hukah, es evidente lo mucho más severas que serán estas restricciones en el caso de una persona excomulgada. El pobre diablo debe literalmente morir para todo el mundo, lo mismo para los individuos de su propia familia que para

los extraños. Su padre, su esposa, sus hijos, todos están obligados á volverle la espalda bajo pena de ser á su vez excomulgados. No hay esperanza para sus hijos é hijas de poder casarse, por inocentes que sean del pecado de su padre.

Desde el momento de la «excomunión», el hindu debe desaparecer totalmente. Ni su madre, ni su esposa pueden alimentarle; no deben dejarle beber en el pozo de la familia. Ningún individuo de casta alguna existente se atreve á venderle alimentos ni á condimentárselos. Tiene que morirse de hambre, ó comprar alimentos de los proscriptos y europeos, é incurrir así en los peligros de una contaminación mayor. Cuando el poder brahmánico se hallaba en su zénit, hasta se alentaban actos tales como engañar, robar y matar á uno de estos desgraciados, porque estaba fuera de la protección de las leyes. Ahora, de todos modos, están libres de este último peligro, pero, sin embargo, aun hoy, el cuerpo del que muere antes de ser perdonado y vuelto á recibir en su casta, no puede ser quemado, ni se le cantan mantrams purificadores; será arrojado al agua ó abandonado á que se pudra bajo los matorrales, como un gato salvaje.

Esta es una fuerza pasiva y su pasividad la hace más formidable. Ni la educación occidental ni la influencia inglesa pueden hacer nada para cambiarla. Sólo existe una línea de conducta para el excomulgado; debe dar muestras de arrepentimiento y someterse á toda clase de humillaciones, muchas veces á la pérdida total de su propiedad. Personalmente conozco á varios jóvenes brahmanes que, habiendo pasado brillantemente por los exámenes universitarios en Inglaterra, han tenido que someterse á las condiciones más repugnantes de purificación al volver á su casa; estas purificaciones consisten principalmente en afeitarse la mitad del bigote y de las cejas, arrastrarse en el polvo alrededor de las pagodas, permanecer agarrados durante largas horas á la cola de una vaca sagrada, y finalmente, tragar los excrementos de la misma vaca. Esta última ceremonia es llamada «Pancha-Gavya», literalmente los cinco productos de la vaca: leche, nata, manteca, etc. El viaje sobre Kalapani (el agua negra, esto es, el mar) está considerado el peor de todos los pecados. El hombre que lo comete, se considera que se está manchando sin interrupción desde el instante en que pone sus pies á bordo del bellati (barco extranjero).

Aún no hace muchos días que un amigo nuestro, licenciado en derecho, tuvo que sufrir esta «purificación», y por poco le cuesta la razón. Cuando discutíamos con él, observándole que en este caso fué una necedad el someterse, puesto que él era un materialista convencido, á quien el Brahmanismo no importaba nada, nos contestó que se veía obligado á hacerlo por las siguientes razones:

«Tengo dos hijas, una de cinco y otra de seis años. Si no encuentro un marido para la mayor en el transcurso del año próximo, se hará demasiado vieja para casarse, nadie pensará en ser su esposo. Supongamos que dejo que mi casta me excomulgue, mis dos hijas quedarán deshonradas y serán

desgraciadas el resto de su vida. También tengo que considerar la superstición de mi anciana madre. Si semejante infamia me ocurriese, sería simplemente matarla...»

Pero ¿por qué no había de libertarse de todo lazo con el Brahmanismo y su casta? ¿Por qué no unirse, una vez por todas, á la creciente comunidad de hombres que son culpables del mismo pecado? ¿Por qué no pedir á toda su familia que forme una colonia y entre á formar parte de la civilización europea?

Todas estas son preguntas muy naturales, pero por desgracia, no es difícil encontrar razones para contestarlas negativamente.

Había treinta y dos razones que justificaban el que uno de los mariscales de Napoleón se negase á sitiar cierta fortaleza; pero como la primera de estas razones era la falta de pólvora, no se creyó necesario discutir las treinta y una restantes. Del mismo modo, la primera razón porque un hindu no puede hacerse europeo es muy suficiente y no se requiere más. Esta razón es que un hindu, al obrar así, *no mejoraría su situación*. Aunque fuese un adepto de la ciencia, capaz de rivalizar con Tyndall, aunque fuese tan hábil político que eclipsase el genio de Disraeli y de Bismarck, tan pronto como hubiese efectivamente abandonado su casta y parentela, se encontraría indubitablemente en la situación del ataud de Mahoma; metafóricamente hablando, se encontraría suspendido entre el cielo y la tierra.

Sería una completa injusticia suponer que este estado de cosas es resultado de la política inglesa, temerosa de ofrecer oportunidades á indígenas sospechosos de hostilidad hacia el dominio británico. En realidad, el Gobierno no tiene que ver en ello ni poco ni mucho. Este estado de cosas debe atribuirse por completo al ostracismo social, al desprecio sentido por una raza superior «hacia una inferior», desprecio profundamente arraigado en algunos individuos de la sociedad anglo-india y que se manifiesta á la menor provocación. Esta cuestión de «superioridad» é «inferioridad» de raza desempeña un papel más importante de lo que generalmente se cree aún en Inglaterra. Sin embargo, los indígenas (inclusive los musulmanes) no merecen desprecio, y de este modo el abismo entre gobernantes y gobernados se ensancha cada vez, y largos siglos no bastarán á salvarlo.

Tengo que insistir en todo esto para dar á mis lectores una idea clara del asunto. Y así no hay que admirarse de que el desgraciado hindu prefiera la humillación temporal y los sufrimientos físicos y morales de la «purificación», á la perspectiva de un desprecio general hasta la muerte. Estas fueron las cuestiones que discutimos con los brahmanes durante las dos horas que precedieron á la comida.

Comer con extranjeros y con gente de otra casta, es, sin duda, una falta peligrosa á los preceptos sagrados de Manu. Pero en la presente ocasión, por una vez, se explicaba fácilmente. En primer lugar, el corpulento Patel, nuestro huésped, era el jefe de su casta, y así estaba fuera de todo temor de excomunión; en segundo lugar, había tomado todas las precauciones pres-

critas posibles para no ser manchado por nuestra presencia. Era un libre pensador á su modo, y un amigo de Gulab-Lal-Sing, y así se alegraba ante la idea de mostrarnos cuánta hábil sofistería y circunspección estratégica puede emplear un ingenioso brahman para evadir la ley en algunas circunstancias, sin que, al mismo tiempo, se apartase por ello de su letra muerta. Por otra parte, nuestro bondadoso y condescendiente huésped deseaba evidentemente obtener un diploma de nuestra Sociedad, sabiendo bien que el colector de su distrito estaba afiliado á la misma.

Estas fueron, en todo caso, las explicaciones de nuestro babu cuando le expresamos nuestro asombro; así, á nosotros correspondía el sacar el mayor partido posible de tal oportunidad, y dar gracias á la Providencia que de este modo nos favorecía; y con arreglo á ello obramos.

Los hindus sólo hacen dos comidas al día: á las diez de la mañana y á las nueve de la noche. Ambas comidas van acompañadas de ritos y ceremonias complicados. Ni aun á los niños se les permite comer á deshora, porque el hacerlo sin la ejecución prescrita de ciertos exorcismos, se considera un pecado. Hace mucho tiempo que miles de hindus educados han cesado de creer en todas estas costumbres supersticiosas, pero, sin embargo, las practican á diario.

Sham Rao Bahunathji, nuestro huésped, pertenecía á la antigua casta de Patarah Prabhus, y estaba muy orgulloso de su origen. Prabhu significa señor y esta casta desciende de los Kshatriyas. El primero de ellos fué Ashvapati (700 años antes de nuestra Era), descendiente lineal de Rama y Prithu, quienes, según manifiesta la cronología local, gobernaron la India en los Yugas Dvapara y Treta, de lo cual ya hace rato. Los Patarah Prabhus son la única casta en la cual los brahmanes tienen que ejecutar ciertos ritos puramente védicos, conocidos bajo el nombre de «ritos Kshatriya». Pero esto no impide que sean *Patans*, en lugar de *Patars*. Patan significa el caído. Esto es culpa del rey Ashvapati. Una vez que estaba distribuyendo dones entre tantos anacoretas, se olvidó inadvertidamente de dar lo que correspondía al gran Bhrigu. El ofendido profeta y vidente le declaró que su reino se acercaba á su fin y que su posteridad perecería. El rey, arrojándose al suelo, imploró el perdón del profeta. Pero su maldición ya había obrado su cumplimiento. Todo lo que pudo hacer para remediar el daño, fué la solemne promesa de no dejar que los descendientes del rey desapareciesen por completo de la tierra. Sin embargo, los Patars pronto perdieron su trono y su poder. Desde entonces han tenido que «vivir de su pluma», empleados en muchos sucesivos gobiernos, y cambiar su nombre de Patars por el de Patans, y llevar una vida más humilde que muchos de sus súbditos. Afortunadamente para nuestro comunicativo anfitrión, sus antepasados se hicieron brahmanes, esto es, «pasaron al través de la vaca de oro».

La expresión de «vivir de su pluma», aludía, según supimos después, al

de que los Patans desempeñan todos los pequeños empleos del Go- en la Presidencia de Bombay, siendo rivales peligrosos de los babus os, desde el tiempo del dominio inglés. En Bombay, los empleados llegan á la respetable cifra de cinco mil. Su color es más obscuro que los brahmanes de Konkan, pero son más hermosos y relucientes. En á la curiosa expresión de «pasar al través de la vaca de oro», tomó en de una costumbre muy curiosa. Los kshatriyas, y hasta los muy ciados shudras, pueden convertirse en una especie de brahmanes de la izquierda. Esta metamorfosis depende de la voluntad de los verdade- brahmanes, que pueden, si quieren, vender este derecho por algunos ó miles de vacas. Una vez hecho el regalo, se construye un modelo vaca, hecha de oro puro, y luego es consagrada, mediante algunas nias místicas. El candidato tiene entonces que pasar tres veces arras- se por en medio del cuerpo hueco de la vaca, quedando así transfor- en un brahman. El Maharaja actual de Fravankor, y hasta el gran de Benares, que murió recientemente, eran shudras que adquirieron de do sus derechos. Todas estas noticias, así como una noción de la legendaria de Patar, nos fueron comunicadas por nuestro servicial d.

pués de anunciar que debíamos prepararnos para la comida, desapa- acompañado de todos los señores de nuestra partida. Habiéndonos o solas Miss X. y yo, decidimos pasar revista á la casa mientras esta- a. El babu, que era un bengalo por completo á la moderna, no tenía alguno por los preparativos religiosos de la comida, y se le ocurrió ñarnos para explicarnos todo lo que de otro modo no hubiéramos comprender.

hermanos Prabhu siempre viven juntos, pero cada matrimonio tiene ones separadas y servidores propios. La habitación de nuestro hués- muy espaciosa. Había varios bungalows pequeños ocupados por sus os, y un edificio principal con habitaciones para visitantes, el come- eral, un departamento de descanso, una capilla pequeña con varios y otras habitaciones. El piso bajo, por supuesto, estaba rodeado de andah, con arcos que conducían á un gran recinto. Alrededor de nto había columnas de madera, adornadas con esculturas exquisitas. razón ú otra, se me ocurrió la idea de que estas columnas habían cido á un palacio de la «Ciudad muerta». Un examen más atento me ó en tal creencia. Su estilo no tenía trazas del gusto hindu: no había ni animales, monstruos fabulosos, sino solamente arabescos y hojas s de flores de plantas no existentes. Las columnas estaban muy pró- ntre sí, pero las esculturas les impedían el formar una pared conti- suerte que la ventilación era un tanto excesiva. Todo el tiempo que s en la comida, pequeños huracanes silbaban detrás de cada colum- ertando nuestros reumatismos y dolores de muelas, que se habían cido apaciblemente desde nuestra llegada á la India.

El frente de la casa estaba espesamente cubierto de herraduras de caballos, la mejor precaución contra los malos espíritus y el mal de ojos.

Al pie de una ancha y esculpida escalera, tropezamos con una cama ó cuna, pendiente del techo por cadenas de hierro. Vi que alguien estaba acostado en ella, y á primera vista lo tomé por un hindu dormido, y ya me iba á retirar discretamente, cuando reconocí á mi antiguo amigo Hanuman, y con gran atrevimiento traté de examinarlo. ¡Ay! El pobre ídolo sólo poseía el cuello y la cabeza; el resto de su cuerpo era envoltorio de andrajos.

A la izquierda de la verandah había muchas más habitaciones laterales, cada una con su destino especial, algunas de las cuales he mencionado ya. La mayor de estas habitaciones era llamada «vattan», y era usada exclusivamente por el bello sexo. Las mujeres brahmanes no están obligadas á estar toda su vida bajo velos, como las mujeres musulmanas, pero, sin embargo, tienen muy poca comunicación con los hombres, y se mantienen apartadas. Las mujeres cocinan la comida de los hombres, pero no comen con ellos. A las damas de más edad de la familia se les tiene, generalmente, gran respeto, y los maridos muestran algunas veces una tímida cortesía hacia sus esposas; pero, no obstante, la mujer no tiene derecho á hablar á su marido delante de extraños, ni aun siquiera delante de los parientes más próximos, tales como sus hermanas y su madre.

En cuanto á las viudas hindas, son realmente las criaturas más desgraciadas del mundo entero. Así que muere el marido, la mujer tiene que afeitarse la cabeza y las cejas. Tiene que abandonar todos sus adornos, sus pendientes, sus alhajas de la nariz, sus anillos de los dedos de los pies, etc. Después de hacer esto, es como si se hubiese muerto. El más ínfimo proscripto no se casaría con ella. El hombre se considera manchado por su contacto más insignificante, y debe proceder inmediatamente á purificarse. Los trabajos más sucios de la casa le corresponden, y no debe comer con las mujeres casadas ni con los niños. El «sati» ó la quema de las viudas está abolido; pero los brahmanes son hábiles administradores, y las viudas muchas veces ansían el sati.

Finalmente, después de examinar la capilla de la familia, llena de ídolos, flores, ricos vasos con incienso ardiendo, lámparas pendientes del techo y yerbas aromáticas cubriendo el suelo, nos decidimos á comer. Nos lavamos cuidadosamente, pero esto no era bastante; se nos pidió que nos descalzáramos. Era una sorpresa desagradable; pero una cena verdaderamente brahmánica valía la pena de ello.

Sin embargo, otra sorpresa realmente asombrosa nos aguardaba.

Al penetrar en el comedor nos detuvimos de pronto. ¡Nuestros dos acompañantes europeos estaban vestidos, ó más bien «desvestidos», exactamente como los hindus! En gracia de la decencia, tenían puesta una especie de chaqueta ajustada sin mangas, pero estaban descalzos; además llevaban el blanquísimo *dhutis* (un trozo de muselina atado alrededor de la cintura y formando una especie de falda), con lo que parecían algo así entre hindus blan-

cos y mozos de baños de Constantinopla. Ambos estaban indescriptiblemente cómicos; jamás he visto nada más risible en mi vida. Con gran turbación de los hombres y escándalo de las graves damas de la casa, no pude contenerme y solté la carcajada. Miss. X... se sonrojó violentamente y siguió mi ejemplo.

Un cuarto de hora antes de la cena todo hindu, joven ó viejo, tiene que ejecutar una «puja» ante los dioses. No cambia sus vestidos, como hacemos en Europa, pero se quita la poca ropa que lleva durante el día. Se baña en el pozo de la familia, y se suelta el pelo, que consiste, si es un Mahratti ó un habitante de Dekkan, en un solo mechón en la coronilla de su afeitada cabeza. El cubrirse el cuerpo y la cabeza al comer, sería un pecado. Después de envolverse la cintura y las piernas en un dhusi de *seda* blanca, va otra vez á saludar á los ídolos y luego se sienta á comer.

Pero en este punto me voy á permitir hacer una digresión. «La seda posee la propiedad de rechazar los malos espíritus que habitan en los flúidos magnéticos de la atmósfera», dice el Mantram, libro X, versículo 23. Y no puedo menos de pensar si esta aparente superstición tendrá un significado más profundo. Es difícil, lo confieso, dar de lado á nuestra teoría favorita de que todas las costumbres del paganismo antiguo son meras supersticiones ignorantes. Pero, ¿no se han abierto camino en los círculos de sabios europeos algunas vagas nociones de estas costumbres, fundadas en un conocimiento verdadero de principios científicos? La idea, á primera vista, parece insostenible. Pero ¿por qué no podríamos suponer que los antiguos prescribían estas observaciones por su conocimiento completo de que el efecto de la electricidad en los órganos digestivos es verdaderamente beneficioso? Los que han estudiado la antigua filosofía de la India con la firme resolución de penetrar el sentido oculto de sus aforismos, se han convencido, en su mayor parte, de que la electricidad y muchos de sus efectos eran conocidos de algunos filósofos, como por ejemplo, de Patanjali. Characa y Sushruta habían asentado el sistema de Hipócrates, muchísimo tiempo antes de la época del que en Europa se supone que fué el «padre de la medicina». El templo Bhadrinath de Vishnu posee una piedra que prueba de un modo evidente el hecho de que Surya-Sidhanta conoció y calculó, hace muchos siglos, la fuerza expansiva del vapor. Los antiguos hindus fueron los primeros que determinaron la velocidad de la luz y las leyes de su reflexión; y la tabla de Pitágoras y su célebre teorema del cuadrado de la hipotenusa se encuentran en los antiguos libros de Jyotisha. Todo esto induce á suponer que los antiguos arios, cuando instituyeron la extraña costumbre de vestir de seda durante las comidas, tenían alguna idea seria para ello, más seria, en todo caso, que la de «repeler á los demonios».

(Se continuará).

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.